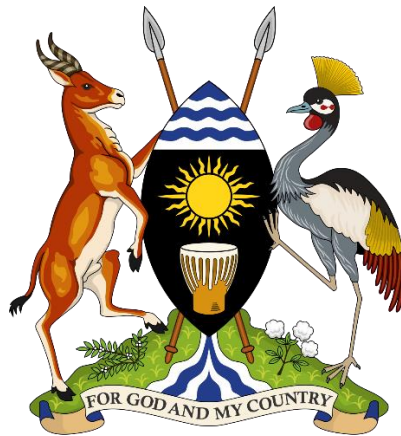


DE ANTIGUOS REINOS, DE TRIBUS Y DE FRONTERAS



Escudo de armas de Uganda adoptado en 1962. Fuente: Wikipedia

A Robert, uno de los trabajadores de la parroquia de Kamwenge, le dijeron una vez que las españolas eran las mujeres más guapas del mundo. Por eso, Robert quiere conocer España y casarse allí, y aprovecha cada ocasión en que me ve para preguntarme sobre su futura mujer. Concretamente, hace un par de semanas me preguntó “Y en España, ¿también tenéis tribus como en Uganda?”. Tras pensarlo un poco, y sin ser un experto en antropología, contesté que no. Le dije que en España habían existido distintos pueblos a lo largo de su historia desde los tiempos de los celtas, los íberos y los tartesos, pero que con la llegada de los romanos, visigodos y musulmanes, la posterior reconquista cristiana y los flujos migratorios de los 500 años siguientes, nos habíamos mezclado tanto que a día de hoy se podía afirmar que todos los españoles éramos parte de la misma tribu, con algunas diferencias culturales por regiones que nos enriquecían más de lo que nos dividían.

Independientemente de lo que le pueda parecer esta afirmación al señor Puigdemont, creo que a Robert le decepcionó un poco mi respuesta.

Y es que, para Robert, al igual que para el resto de ugandeses, los orígenes tribales siguen teniendo un peso muy importante en su vida y en la manera de relacionarse con sus compatriotas. Poco importa que el Protectorado británico de Uganda impusiera las actuales fronteras del país hace más de 125 años, sustituyendo a los grandes reinos de Buganda, Busoga, Bunyoro, Acholi, Toro y Ankole y otros más pequeños como el de Rwenzururu. Poco importa porque en África, donde las fronteras unen lo que en otros tiempos fueron más de 10.000 países y arrastran las consecuencias de la Conferencia de Berlín de 1894 y el posterior periodo de colonización, los significados de Estado y pueblo no necesariamente van de la mano.

Tal y como reconoce la Constitución ugandesa, el país acoge a un total de 56 tribus y 9 minorías étnicas, y son éstas las que definen no solo las tradiciones e idioma de cada individuo si no también en ocasiones aspectos como la profesión a desempeñar, la dote a pagar en el momento de su matrimonio o incluso si ha de sufrir la práctica de la ablación femenina (prohibida por ley desde 2010).



Mapa aproximado de los principales reinos de Uganda. Fuente: The Economist

En el plano político, la riqueza cultural y las diferencias entre las distintas regiones del país tuvieron un claro reflejo en las últimas elecciones presidenciales del pasado 14 de enero, en las que el presidente desde 1986 Yoweri Museveni, un Bahima del sudoeste del país, se medía al excantante y principal opositor Robert Kyagulani (“Bobi Wine”), un Baganda de la región central de Buganda. A pesar de que el Movimiento Nacional de Resistencia (NRM) de Museveni se identifica con el panafricanismo y rechaza públicamente el tribalismo, las alusiones a las tribus de los candidatos fueron frecuentes en los días previos a las elecciones y llegaron a alcanzar a figuras públicas notorias. Por poner un ejemplo, tras el paso de Bobi Wine por la región de Ankole, el comandante de las Fuerzas Especiales del país dijo que aquellos que le habían aclamado como “musinguzi” (ganador o héroe) estaban insultando directamente a todas las tribus del Oeste de Uganda. Traduciendo este mensaje a campaña electoral y votantes, se extendió entre las zonas rurales del país la idea de que la llegada al poder de un Baganda podía suponer un mayor predominio todavía de la región central y la capital, lo cual despertó las dudas entre aquellos partidarios de la oposición procedentes de las regiones Norte, Este y Oeste.

Y lamentablemente esto no es algo nuevo en Uganda, ya que los movimientos y discursos tribales han condicionado la historia del país desde antes de su independencia en 1962. En la década de los 50, un movimiento secesionista en Buganda terminó con la primera “Crisis del Kabaka” (rey) y el exilio forzoso del monarca a Inglaterra entre 1953 y 1955. Más adelante, durante las dictaduras de Obote (de la tribu Langi) y Amín (de origen Kawka), las persecuciones raciales y políticas tuvieron un final mucho más trágico, suponiendo el asesinato de entre 300.000 y 600.000 personas en menos de 20 años.

Sin embargo, también existe la luz en un entorno en el que las fronteras no delimitan patrias. Actualmente, Uganda es con 1,4 millones de refugiados el cuarto país del mundo que más desplazados acoge y el quinto en proporción de refugiados sobre el total de la población a lo largo de la última década, con más de 1 refugiado por cada 30 habitantes.

Desplazados congoleños, sudsudaneses y ruandeses viven a día de hoy en la Perla de África sin que existan problemas de convivencia con sus anfitriones, y en West-Nile, la región que concentra 6 de los 11 campos de refugiados del país (entre ellos Bidi Bidi, el segundo del mundo por población con más de 230.000 refugiados), es imposible saber dónde acaba el territorio ugandés y comienzan las zonas gestionadas por la Oficina del Primer Ministro y ACNUR. Además, de acuerdo con la política ugandesa de libertad de movimientos para los refugiados, existe un continuo flujo de personas y mercancías entre ambas zonas sin que salte ninguna alarma ni se produzcan altercados.

Como respuesta a esta convivencia tan pacífica, un miembro de la tribu Kawka o Lugbara que viva en el distrito de Yumbe te podrá decir que por qué iba a tener él problemas con sus vecinos del Norte, si les comprende mucho mejor que a sus compatriotas los nómadas Karamojongs del Este de Uganda. De hecho, te contará que con éstos últimos no se podrá ni comunicar más que por gestos, a no ser que ambos hayan tenido acceso a una educación formal y sepan hablar inglés. Eso sí, tu nuevo amigo seguramente también te avisará de que no se te ocurra juntar a refugiados Dinkas con Nuers aunque ambos vengan de Sudán del Sur, a no ser que quieras tener que limpiar la sangre del suelo al día siguiente.

Así, Uganda abarca a día de hoy una gran variedad de pueblos, culturas y creencias, acogiendo con los brazos abiertos tanto a sus habitantes nativos como a aquellos que se ven obligados a huir de su hogar. Además, el país reconoce de manera oficial a los antiguos reinos que lo conforman y a sus monarcas, que el presidente Museveni restauró tras su supresión por el gobierno de Milton Obote (a excepción del reino de Ankole, de donde él mismo proviene y para el quizá le vendría bien el felpudo de “Bienvenido a la República Independiente de Mi Casa”).

Un país rico en gentes (el segundo país más joven del mundo con el 50% de sus habitantes por debajo de los 16 años), en recursos naturales (con sus indescritibles Parques Nacionales) y en recursos minerales (estando cerca de cerrar un acuerdo para la producción de 1,5 millones de barriles de petróleo, entre otros), con un gran camino por recorrer y un futuro esperanzador por delante siempre y cuando su clase política esté a la altura y sus diferencias internas continúen sumando y no dividiendo.

Decía Kapuscinski en *Ébano* que África es un universo variado y riquísimo, y que si le ponemos nombre es simplemente para simplificar, porque las lenguas europeas no han desarrollado un vocabulario suficiente que nos permita describir adecuadamente la realidad del continente. Por eso, cuando os pregunten qué es Uganda podéis hablarles de antiguos reinos, de tribus y de fronteras, aunque sepáis que no les estáis contando absolutamente nada.

Porque a los curiosos que se queden con ganas de saber más y os insistan, basta con decirles que el visado se puede tramitar sin problema a la llegada al aeropuerto de Entebbe.